



David Toro Martínez

Editorial

Casa encendida

Daniel Bellón: “Cinco boleros zombis”.
 Modesto Calderón: “...power point”.
 Carmen Camacho: “Ejercicio de estilo...”.
 Vega Cerezo Martín: “Zarpazos”.
 Ricardo Díaz: “Cementerio”.
 Jordi Doce: El silbido del verano.
 Ernesto García López: Ritual.
 Luz Pichel: “O tempo non é nada”.

La sombra más joven

Nadia Cortina: “¿Quieres jugar conmigo?”.
 Elena Martín: “Luna llena”.
 Yolanda Muñoz: “As you were”.
 Paloma Sánchez: “Un cuento de demonios”.
 Miguel C. Blanco: “Rosa ensangrentada”.
 Alberto Madariaga: “Huracán”.
 Pablo Volumen: “Todo para nada”.

Galería de *La Sombra*

Cómics de N. Cortina y P. Sánchez.

La sombra musical

Joaquín Lera, plural delicadeza.



La sombra (de lo que fuimos). Revista semestral de poesía.
 Año VII, n.º. 12. Enero de 2010. ISSN: 1697-8714
www.lasombradelmembrillo.com

Consejo de Redacción: Isabel Castells, Lidia Campo, Marta Contento, Nadia Cortina, Elena Martín, Beatriz A. Molina, José G. Moya, Yolanda Muñoz, María Pérez, Paloma Sánchez, Anabel Sánchez Sierra, Adrián del Saz. Cabecera web: Jose Gil Romero. Portada: David Toro Martínez. Contraportada: David Guerrero. Dirección: Juan Antonio Cardete y Arantxa Oteo.

IES *Antonio López García* (Getafe, España)

EL JUGLAR

*Shape without form, shade without colour,
paralysed force, gesture without motion.*

T. S. ELIOT

He mudado de casa. Abandoné las plazuelas y las costas
para instalarme entre los hombres huecos del suburbano.
Al día siguiente maldije la raza de Jonás.
Mi música compite con el estruendo de los imanes,
mastica un plutonio que se incrusta entre los wátios
y alguien escucha el himno de la polio en mi corazón,
los sacramentos arrugados de Jehová.
Las monedas caen como crucifijos falsos en el agua amarilla.
Me pierdo en el improbable desolladero de las caras,
mastico con los pulgares de la resignación
hamburguesas prensadas con la fuerza de mil siervos
que sólo son capaces de llorar con la cebolla.
El va dormido. Ella mira la sangre colapsada en la corbata,
el aceite de la nuca, la subcontrata del sexo, la sacudida
sorda del tren que estrella su fuerza en la próxima estación.
Y habrá regalos para todos, mercerías convertidas en pilastras,
mientras sumamos puntos en los parques de atracciones
y nadie sabe quién vendrá
a recoger los desechos de la orgía, si las mulas del ojo hinchado
o el coche fúnebre, solfeo y serotonina, marcha nupcial
en el vagón que nos embiste.
Pero nada temáis. Yo seguiré tocando la trompeta
que calme vuestro insomnio.

José Antonio Llera, *El síndrome de Diógenes*, Luces de Gálibo, 2009.

En nuestro intento de estimular creación y sensibilidad, hemos tenido el privilegio de compartir camino con José Antonio Llera. Eminente filólogo, Llera dejó su iluminadora huella de poeta en su paso por el IES Antonio López. Antes de partir a su nuevo destino profesional, dos de nuestras reporteras (Nadia y Paloma) lo entrevistaron y comprobaron su humildad y su amor a la creación: “Llera es una persona muy modesta, que no se siente cómoda hablando de sus logros o de su vida privada. Nos animó sobre nuestras propias creaciones, nos habló sobre su último libro intercalando consejos. Un par de veces, mientras hablábamos, notamos que intentaba desviar el tema de conversación hacia nosotras mismas. Pero nosotras difícilmente olvidaremos la luz de sus palabras”.

CINCO BOLEROS ZOMBIS

Desecha en los exilios del coltán
la pila de muertos invisibles
mana por el tronco de mi oído
mientras te susurro dulces
ansiosas palabras

Tan lejos tú de mí oh malherido
por el desconsuelo
amor
sediento sobre puentes de sangre mantenido
sangre invisible ligando las frecuencias de onda

Sé bienvenido al país de las llamadas perdidas

Una rabia rastrera
niebla pegajosa sobre el piso
tupe los cables
que conectan continentes

bloquea la salida
de la información

se acumula en las esquinas

desborda los contenedores
de basura se pega a las paredes
de polivinilo de los clubs

Rumbriente herrumbre
rastros de la derrota
se deshace
en lascas de metal comido
por el oxígeno
combustible

Y en ocasiones
por el simple roce
arde
explota
arranca con todito
por delante

despuebla las ciudades
y las listas de correo y los foros y los viejos ircs y las islas virtuales

Y queda nada

El camión de los muertos invisibles
cruza sin problema los controles
fronterizos se destraban las trabas
se aquieta el papeleo

El aroma muerto de los emigrantes muertos
en los bajos del camión no lo olfatean los perros entrenados
ni los detectan las cámaras
ni los escáneres lo leen

Desleído aroma
se ha vuelto simple aire

Sin darnos cuenta
los respiramos

Ciudades arden el fervor de los amantes
deshabitados de sí

Convertidas en patrias inmediatas

El compartido temblor
explota deslumbra brilla y lentamente
se confunde con los ruidos
del tráfico nocturno

Rescoldo
se hace tizón caliente el corazón
cenizas que enrojecen
piedrita oscura
que en un rincón sigue ardiendo

Fuego tembloroso
En los pasos de un bolero zombi
(a los Parlantes de Medellín)

Coches incandescentes
señalan la geografía de las barriadas

La rabia políglota
se extiende
más allá de los blindados parlamentos
y de los prismas inhabitables
del corazón de la ciudad

Una escondida furia

Flores del descontento
arrasan el mobiliario urbano
jardines / buzones / coches / cualquier cosa
que se pueda romper

La violencia
un ciego con una pistola
atravesado en medio de la calle

y en lo oscuro
Un tráfico
de pastillas incesantes
contra los más
íntimos
temblores

Y pensé: maldita sea, igual que las noticias de hoy, las revueltas en los ghettos, la guerra en Vietnam, los actos masoquistas en el Medio Oriente. Luego pensé en alguno de los líderes de voz estridente que incitan a nuestros vulnerables hermanos del alma y les hostigan para que se hagan matar, y por último pensé que toda violencia desorganizada es como un ciego con una pistola”.

Chester Himes

Aunque andaluz de nacimiento (Cádiz, 1963), **Daniel Bellón** pertenece a la rica tradición de la poesía canaria (se instaló en el archipiélago en 1978). Su condición de *intruso* de la poesía (por su formación jurídica y su dedicación laboral ajena a la literatura) le permite una perspectiva que se echa en falta en otros círculos.

Ha publicado los poemarios impresos *Bajo la luz de una pantalla* (1983), *Canción de almadía* (1983), *Salir corriendo* (1986), *Tatuajes. Selección de poemas 1989-2001* (2002) *Haikus para Tetsuo* (2005), *Lengua de Signos* (2005), *Tatuajes en otra tinta azul* (2006) y *Cerval* (2009).

Su presencia en antologías como *Poesía y Canción. Voces del Extremo VI* (2004) y *Once poetas críticos en la poesía española reciente* (2006) lo ha ubicado en el territorio de una creación no complaciente con el lenguaje del poder.



A su obra poética hay que añadir su lúcida reflexión sobre la creación digital y su labor de activismo cultural en la red. Su blog *Islas en la red* se ha convertido en referente imprescindible para cualquier seguidor de la poesía contemporánea en castellano.

Experimentador permanente, su trabajo con la poesía integrada en la vida le ha llevado a proyectos como "Poesía bajo las estrellas" (Planetario de Tenerife, 2007)

Su generosidad le ha llevado a regalarnos estos inéditos para *La Sombra 12*. Quien desee seguir sus reflexiones y leer sus obras puede visitar:

Blog *Islas en red*
<http://www.islasenlared.net>

Libro digital *Islas en la red: Anotaciones sobre poesía en el mundo digital*
<http://www.lacasatransparente.net/islasenlared.pdf>

Sitio web con acceso directo a sus poemarios
<http://sites.google.com/site/danielbellon>

Revista *La casa transparente*
<http://www.lacasatransparente.net>

LA VIDA SE PARECE A UN POWER POINT

La vida se parece a un power point
cuyas diapositivas se suceden
automáticamente y tan deprisa
que no nos dejan tiempo para leerlo todo,
y sólo algunas veces
podemos corregir sobre la marcha
una frase que no nos convencía.
Mejoramos entonces levemente lo escrito;
sin embargo, otras veces lo empeoramos.
(La vida es un spam contaminado
con virus contagiosos,
un power point de risas y de lágrimas.)
Toda tecnología es imperfecta
igual que nuestra vida, que en el fondo
es el gadget de moda entre los dioses.
(Pero no tengan duda:
se acercan juguetes que habrán de sucedernos.)
Así que la vida, me parece,
indiscutiblemente se asemeja
a un power point muy loco y testarudo
que no contempla pausa o retroceso
y viene a obsesionarnos con su prisa,
y luego, de repente,
cuando al fin parecía que entendíamos algo,
nuestra presentación termina sin escape
y una pantalla negra y en presente
impávida nos mira
y todo acaba.



Modesto Calderón (Madrid, 1975) es casi Doctor en Filología Hispánica por la Universidad Complutense de Madrid, profesor de Lengua Castellana y Literatura en Enseñanza Secundaria. Su primer poemario, *Currículum vitae* (Calambur), resultó premiado en el certamen de poesía de la Universidad Politécnica de Madrid; su segundo libro, *Venenos de la rosa* (Rialp), fue galardonado con un accésit del premio Adonais 2002. Su libro inédito *Los bosques del infierno* lleva ya varias metamorfosis sin haber visto todavía la luz definitiva. Este inédito de diciembre de 2009 nos sirve para traerlo de nuevo a la casa que él tanto ha contribuido a levantar, nuestra *Sombra*.

EJERCICIO DE ESTILO / II

Procuraré no emplear palabras redondas
verbigracia *belleza libertad tu luz*
Demasiado grandes / que esperen//
Más urgente se me hace decir
anoche conté con el cuerpo
los trescientos dedos
de tu mano.

EL ENDECASÍLABO/ METODOLOGÍA

Cerco el recuerdo con las once estacas.

EL REFLEXIVO/ USOS

Me hago el amor frente al espejo.

EJERCICIO DE ESTILO / XVI. JUSTICIA POÉTICA

Ladrón robe a ladrón/
cada cerdo con su San Martín/
pleitos tengas y
al pilón lo que es del César.
Hay una fiesta de mochuelos en mi olivo.

EJERCICIO DE ESTILO / V -AVANZADO-

Decir *luz* y que se haga.

[Inéditos]



Aunque **Carmen Camacho** (Alcaudete, Jaén, 1976) iba para periodista, su agudeza andaluza la ha llevado a otros territorios. Carmen respira poesía y espira libertad. Sus poemas, artículos, recitales y actuaciones tienen la autenticidad de la mejor Gloria Fuertes y la frescura de quien descubre en lo cotidiano la verdadera ciudad de los manantiales.

Los poemarios *Arrojada* (2007), *777 a venir de venir por venir* (2007), *Minimás* (2008) y la *plaquette Suite Bereber* (2009) recogen en libro parte de su obra creativa. Porque otra parte imprescindible va dejando rastro por medios como la radio y los vídeos que rescatan sus actuaciones en directo (*Eva_Underground [Palabra en Danza]* con poesía, danza contemporánea y percusión; *En un claro del tiempo*, poesía y música).

Sus textos navegan en numerosas revistas y antologías como *23 Pandoras, poesía alternativa española*; *El Arca Bestiario* & *Ficciones de treinta y un narradores hispanoamericanos...*

Puedes encontrar más información en su deliciosa web
<http://www.carmencamacho.net>

ZARPAZOS

A veces los días están repletos de
esquinas y
yo me arañó
con todas.

AUSENCIA

Guardo una sirena
bajo la piel
que me envuelve
y protege.
Tumbada en el sofá
me pellizco un plieguecito
y tiro.
Uno por aquí,
otro por allá
Ahora que tú no estás
para corregirme
el vicio
y decir que me dolerá,
que escocerá,
que me quedará marca.
Es tan rabiosamente hermosa
que no ceso
de mirarla,
de asomarme a ella.
Sigo dejando charcos,
charquitos de agua salada
por si vuelves a buscarme
para que esta dermis
no te engañe
y este olor
no te confunda
y este llanto
no te espante.
Para que me reconozcas
sin tener que arrancarme
la piel a jirones
y desaparezca este vicio.

El dolor.
Este escozor
que solo deja marca.

DESAZÓN

Quítame las ganas
de tenerte ganas.
En este tugurio envenenado de
humo
 ruido
 gente.
En un portal
escondido de lascivas miradas.
Tirados en el sofá
con cuerpo de domingo.
Pero quítamelas
de una vez.
Llévatelas para siempre
contigo
porque yo ya no quiero
tener ganas
de que me quites las ganas
de tenerte ganas.

LA TREGUA

Con las derrotas de tus batallas
me hago yo bisutería fina
baratijas de colores...
a veces pulseras.
Luzco tus miedos
tintineando en mi cuello
enredados en las muñecas.
Así funcionamos,
tú en guerra
y yo, reciclando a tu guerrero.

RESURRECCIÓN

De todas las muertes que tuve contigo
escojo la última.
No fue la más leve
ni la menos dolorosa.
No resultó agonizante
ni fulminante
ni roja
o muy roja.
Fue muerte
–como todas–
mas trajo el regalo
de la Salvación.
Creí que tus ojos eran del color del cielo,
azul claro y luego negros.
Pensé que orar era este llanto
largo, hipado y amargo.
Tu perdón no redime almas,
las calma hasta el siguiente pecado.
En el único resurgir
de la mejor de mis muertes
posé los pies en la tierra y
salí caminando hasta que tu imagen fue
pequeña e irrelevante.
¿Qué matarás ahora que no estoy a tu lado?
¿Cómo vivirás sin un funeral de vez en cuando?
¡Qué solo quedaste!
Tendrás que ser el verdugo
y a la vez el ahorcado.

Vega Cerezo Martín (Murcia, 1970) es Diplomada en Biblioteconomía y Documentación por la Universidad de Murcia. Compagina su trabajo en una editorial con dos de sus pasiones: su familia (Juan, Rocío e Iván) y la escritura. Fue ganadora de la V Edición del Concurso de Cuentos “Villa Condal de Cifuentes” (Guadalajara) por su relato “Bienvenido a California”.

Desde 2007, ha sido miembro del equipo de redacción de la “Revista Socio-cultural Entrelíneas” (Alhama). En la actualidad se encuentra terminando la carrera de Periodismo. Ha querido difundir este adelanto de su libro *Sirena dormida* desde nuestra *Sombra*, desde donde le deseamos un viaje poético de largo recorrido.



CEMENTERIOS

Hay lugares de quietudes y de silencios,
parajes cerrados... fiesta de colores.
No cerremos nuestros ojos...
la muerte está en nosotros.
Ella nos visita en esos lugares funestos
adormeciéndose desnuda sobre cada losa
contacto divino e inenarrable
entre el mármol y el pensar.
Ahora todo es diáfano para mí
escarchado en este mundo de apariencias.
Un suspiro, el último... Tú y Yo
imborrable...
Me agradaría decir que el suicidio es engaño,
traición, pero...
Me gusta demasiado estar desnudo sobre la piedra.

Mi ciudad natal, Punta Arenas (Chile), paisaje de nieve y ovejas, acompañó mis primeros estudios junto a los marineros, a los hombres del petróleo y al ovejero “ese Rey sin trono fijo...”. Luego atravesando el Golfo de Penas, el Cabo de Hornos, caminando el mar y los puertos del Sur, llegué a Valparaíso, colinas y mar. Allí, encumbrado en el cerro Playa Ancha, república del viento, mis estudios secundarios y universitarios. Diploma de profesor de Castellano... siempre mirando la mar desde el Pedagógico, Universidad de Chile, nacieron sueños... utopías de un mundo mejor para todos. De pronto, un 11 de septiembre, todo eso se acaba... Recomenzar un camino, lejos, con palabras de exilio, enterrando dolores.... sueños... utopías... aquí en Burdeos, tierra roja de vino y sangre, puerto de ayer... una maestría en literatura chilena. Mi alma, Caleuche del Sur, navegando con la escritura... con la poesía.



EL SILBIDO DEL VERANO

I

Primera impresión: una extensa llanura amarillenta y cuadriculada donde a intervalos regulares despuntaban los tejados claros de una granja, la madera oscura y combada de un granero. De vez en cuando, hangares y naves industriales, fachadas de ladrillo rojo, un tendido eléctrico, la densidad doméstica y jerarquizada de un pueblo. Apenas se veía movimiento. Recuerdo coches y furgonetas sobre la retícula de carreteras y pistas de tierra y el lento avance de una cosechadora. ¿O era un tractor? El detalle se me escapa, guardo tan sólo la memoria de un paisaje limpio y espaciado, de ángulos rectos y dimensiones reiteradas. Un paisaje redimido de su origen natural por el profundo afán ordenador de sus habitantes, que habían logrado convertir la inmensidad del medio Oeste en una abstracción de Mondrian, de igual modo que sus antepasados habían ganado tierras al mar del norte. Entonces no habría podido establecer el vínculo. Lo hago ahora, intrigado por la semejanza evidente entre la geometría de la costa holandesa y la de unas tierras colonizadas en gran parte por emigrantes flamencos y escandinavos. Se trataba, en ambos casos, de hacer habitable lo inhóspito, lo salvaje. Como el mar, el interior norteamericano era un infinito inconcebible: sólo el orden y la compartimentación rígida podían reducir el paisaje a una escala humana, comprensible.

Del viaje en tres etapas entre Nueva York y Des Moines sólo recuerdo el último tramo, entre Kansas City y la capital de Iowa. Sé que tomé el avión en Laguardia y que realicé una

primera escala en St. Louis, pero esta parte del trayecto (nada breve, por cierto) se ha disuelto por completo ante la fuerza de las imágenes posteriores. El avión que me llevó hasta Des Moines era un aparato pequeño, casi familiar, y volaba muy bajo, arrojando una sombra mínima y vacilante sobre el amarillo tostado de los maizales. Acostumbrado a las alturas de los vuelos europeos, el efecto me desconcertó. La pequeñez del avión y la escasa duración del vuelo (algo más de cuarenta y cinco minutos) eran el remate de un progresivo adelgazamiento del viaje que había empezado una semana antes en Madrid y que culminaría, al menos provisionalmente, en una antigua granja reconvertida en las afueras de Grinnell, a hora y media de la capital. Me recuerdo, sobre todo, con los ojos asomados a la ventanilla, tratando de convertir a términos familiares la limpieza ajardinada del paisaje, su simplicidad de ilustración infantil. Y nervioso, por supuesto. En apenas unos minutos debía enfrentarme a los rostros y los gestos con los que habría de convivir durante un año, si no había problemas y todo salía bien. Y yo iba dispuesto a que todo saliera bien.

Nunca he sabido por qué acabé en Iowa. Sospecho que fue Iowa como pudo haber sido Illinois o Indiana, o cualquiera de los estados de ese medio Oeste cuyos límites y divisiones estudié obsesivamente sobre el mapa y que luego contuvo múltiples viajes que la monotonía del paisaje ha engarzado en una sola cadena. Alguien del comité de

selección descubrió tal vez que el lugar de mi futura estancia me importaba poco: lo que me importaba era la estancia en sí, huir de mi familia durante un año, olvidarme provisionalmente de Gijón y de mis padres o al menos alojarlos en el fondo de mi mente, donde estorbaran menos. Aunque entonces ni yo mismo me diera cuenta de aquello, como tampoco me daba entera cuenta (o quería aceptar con todas sus consecuencias, pero ya iré a eso más tarde) que la huida la costeaban los mismos padres que en parte, y a su pesar, la motivaban. Recuerdo que la noticia de mi destino me decepcionó un poco: yo esperaba la costa este, Nueva Inglaterra, el norte que había visitado brevemente un año antes. El nombre del estado, con sus resonancias indias, era sugestivo, pero una rápida consulta al atlas me arrojó en pleno centro del continente: un rectángulo irregular a miles de kilómetros de la costa más cercana. Un consuelo: Chicago parecía cercana, lo mismo que Minneapolis. Me tranquilizó hallar en el mapa el nombre de Grinnell, como si su presencia fuera un seguro o un ancla contra la irrealidad de un futuro incorpóreo. Pasada esa primera decepción, no tardé en aceptar lo que se me ofrecía. Los informes sobre la familia eran alentadores y mi impaciencia era mayor que mi incertidumbre. Quería marchar, tan sólo importaba la fecha de partida, la promesa de un año entre desconocidos, la levedad de quien carece de pasado.

Entre los muchos papeles que recibí en los meses previos al viaje había una foto de mi familia “adoptiva”, según la terminología sentimental tan del gusto de los responsables del programa: un hombre alto y atlético, con un bigote poblado y una sonrisa franca, una mujer de facciones severas pero bondadosas, y delante de ellos, con la cabeza ligeramente abatida (signo de timidez), un adolescente de rostro ovalado, muy rubio, con el pelo lacio y abundante. Eran los Moffett, Sandy, Betty y Ruben. El apellido era sonoro y provocó de inmediato el chiste fácil, pero la fotografía me

intrigaba: detrás de las tres figuras se vislumbraba una cerca de madera y al fondo los tallos rígidos y cortantes del maíz. Era verano y el sol daba de lleno en sus rostros, obligándoles a entrecerrar los ojos. La sombra líquida de un sauce oscurecía un lado de la foto y hacía más vivo el contraste con la luminosidad del sol estival. Era evidente que vivían en el campo —“en una granja reconvertida”, aclaraba Betty Moffett por escrito y con el estilo cordial y calmoso que pronto tendría ocasión de observar en su persona— y que disfrutaban de él: se les veía morenos, ligeros de ropa y de preocupaciones aparentes. La imagen, veraniega, hacía más real mi presencia allí: yo llegaría a finales de julio, en el momento más caluroso del año. Tenía tres o cuatro semanas para hacerme al sitio: luego, casi sin respiro, empezarán las clases. La foto no era la única prueba, pero sí la más palpable, de que aquello fuera a suceder: no me costó imaginarme en ese decorado, que por lo demás era una porción mínima y apenas entrevista de la realidad.

Sentado junto a la ventanilla del avión, empecé a dudar de mi imaginación: la cercanía del paisaje cerraba el abanico de posibilidades sugerido por la foto. Experimenté entonces un aviso de lo que luego, en la terminal de llegada, con el gesto inseguro, se me reveló plenamente: la extraña solidez de lo real, la insistencia de lo que existe y cancela, en su presencia, cualquier intento de distorsión imaginativa. Todo el edificio construido por mi sentido de la anticipación se derrumbó de inmediato. Hubo un reconocimiento, apretones de manos, tibios abrazos, la rápida carrera hacia un aparcamiento donde nos esperaba una furgoneta color café. No sé de qué hablamos ni cuáles fueron mis impresiones durante el trayecto por autopista hasta Grinnell. Recuerdo, eso sí, la sorprendente inmediatez de ciertos rasgos, el bigote de Sandy, la escueta sonrisa de Betty, la impresión de cordialidad y calidez en las voces y los movimientos. Todo se disipa entonces, como

si las imágenes cobraran relieve en el momento del encuentro (un relieve deformante, caricaturesco) antes de pasar a fundido. Este fundido es en realidad la blancura del exceso, la imposibilidad de dar cuenta de todo lo que sucedió, de atrapar el puro presente de lo que somos a cada instante. Han pasado casi veinte años desde entonces, y no es difícil ser fiel a los huecos y las lagunas de la memoria: lo difícil es hilar palabras con esos vacíos y no sé si la mera confesión de su existencia es un buen comienzo.

II

Asocio el verano de Grinnell al olor de la hierba cortada. Era el olor de los cientos de extensiones de césped que se alineaban entre el asfalto y los porches de las casas y que de vez en cuando uno veía recorridas por las cortadoras eléctricas, las mismas que empujaría un año después para ganarme unos dólares suplementarios. Era un olor entreverado con otros que lo matizaban y daban cuerpo: el del asfalto candente, por ejemplo, o el del agua de los aspersores, que al funcionar parecían una réplica en miniatura de los abundantes sauces que ensombrecían la entrada a los garajes. El pueblo entero se convertía en un parque frondoso y atravesado por rumores perezosos y casi inaudibles, como venidos de lejos. Era, tal vez, el siseo o silbido que Joni Mitchell desvela en el título de uno de sus discos más hermosos, *The Hissing of Summer Lawns*, que descubrí aquel verano en el salón de los Moffett y cuyos aires vagamente jazzísticos han venido a ser la música de fondo de estas imágenes, envueltas por el calor y un sentimiento casi palpable de libertad y plenitud sensual. Durante tres meses el pueblo cumplía un letargo que sólo empezaba a sacudirse a finales de agosto, cuando el instituto abría sus puertas y los campos de deporte se llenaban de los

primeros gritos y carreras de los entrenamientos. El ambiente invitaba al reposo y la despreocupación, la misma que abría y cerraba sin llave las puertas de madera de los porches y dejaba las ventanas del salón entreabiertas en ausencia de sus dueños. Sin duda, una buena parte del pueblo trabajaba en sus ocupaciones habituales, pero la propia idea de trabajo parecía desterrada de aquel paraíso suburbano donde de vez en cuando se oía el timbre de una bicicleta infantil, como un chasquido de aviso sobre el fondo de selva adormecida de las calles. Por suerte, yo acababa de llegar y sólo se me pedía que estuviera atento, que mirara y sonriera y respondiera lo mejor posible a la hospitalidad de mis anfitriones. Creo que cumplí bien con mi papel, incluso cuando las conversaciones se referían a mí como si yo no estuviera presente o no pudiera comprender lo que se decía. Mi optimismo y mi entusiasmo adolescente hicieron el resto. Hubo un par de recepciones algo rígidas y las visitas obligadas al pueblo para resolver unos pocos papeleos, pero viví esas primeras semanas muy desde la superficie, todavía como un visitante o un invitado fugaz, por lo que sospecho que mi remembranza incorpora elementos posteriores, de mi segundo verano, cuando la familiaridad, más allá de la escenografía, otorgó al paisaje un relieve biográfico.

Han quedado, eso sí, fotogramas sueltos, como emblemas de ciertos instantes difusos: con Sandy en una feria agrícola, saludando a rostros con gorras de béisbol y sonrisa campechana, con Betty en la biblioteca pública, revisando por curiosidad las traducciones americanas de mis autores favoritos (recuerdo, en particular, alguna edición casi *fanzinesca* del último Italo Calvino), con Ruben a la salida del cine local, caminando con paso cansino hacia la furgoneta de sus padres. La imagen tal vez más insistente es la que me figura corriendo sudoroso por el asfalto humeante, una silueta añorada entre la mayor corpulencia de mis compañeros de fatigas. Alguien, supongo que

Sandy, me había sugerido apuntarme al equipo de *cross-country* del instituto como un buen medio para relacionarme antes del comienzo de las clases: había hecho atletismo en Gijón y supongo que di un relato bastante exagerado de mis capacidades. Los entrenamientos empezaron a mediados del mes de agosto y se prolongaron casi hasta finales de año, después de una larga y –al menos en mi caso– poco lucida temporada. Pronto se vio que yo era un corredor mediocre y que sólo con suerte podría hacer un buen papel, pero las primeras semanas fueron amenas. Nunca me había entrenado con tanto calor, pero los recorridos, muy amplios y enrevesados, me permitieron hacerme una idea bastante precisa del pueblo y sus alrededores. Hay un verso en uno de los primeros poemas de Robert Bly (“la riqueza no es más que la falta de gente”) que no puedo dejar de relacionar con mis impresiones de corredor de fondo por las calles de Grinnell. El verano se podía casi palpar, pero en las aceras no se veía un alma, como tampoco se vislumbraba movimiento tras los visillos y las ventanas abiertas: los únicos signos de vida eran el hocico levantado de los coches en los *driveways* y el rugido remoto de las cortadoras. Evoco tardes detenidas, hinchadas sobre sí, como una burbuja de aire pesado sobre la densidad negra del asfalto: un aire seco y áspero, una lengua de fuego que se enredaba en las piernas y pesaba en el pecho, ahogando la carrera. La cadena de imágenes viene asociada a los momentos de mayor agobio, cuando el compacto grupo inicial se había convertido en un reguero de corredores sin aliento y yo no estaba obligado a participar de la conversación o responder a las –por fortuna– escasas preguntas que mi presencia suscitaba. La memoria se ha olvidado del cansancio y devuelve, casi intacto, el escenario igual y sucesivo de estas carreras extenuantes. Es sintomático pensar que en pleno esfuerzo no se me fueran las ganas de contemplar mis alrededores; debo suponer que la curiosidad era mayor que el cansancio,

que no había remitido aún la mirada alerta de los primeros días.

III

Grinnell era, y supongo que sigue siendo, un pueblo de conformación singular en el contexto erigido por sus vecinos. Se trata, en realidad, de dos pueblos muy distintos que han de convivir con fluidez en un espacio reducido. No puedo decir que yo advirtiera de mano las tensiones generadas por esta convivencia: sólo bien entrado el curso empecé a vislumbrar fallas, grietas ocasionales que hablaban de ámbitos separados, aunque estas grietas no dejaban de ser mínimas, leves disonancias en el dibujo total. Uno de estos dos ámbitos era el típico pueblo del medio Oeste: un pueblo de granjeros, de graneros y cultivos de maíz, con sus *diner's* y sus bares de camioneros, sus petos tejanos y sus cuellos enrojecidos (los famosos *rednecks*) por el trabajo al aire libre; gente sencilla y tradicional, como quiere el tópico, aunque no tan sencilla si uno reparaba un poco en el juego de contradicciones que regía su existencia. El otro pueblo, entrelazado con el primero, era y es una pequeña ciudad universitaria con centro en Grinnell College, una institución centenaria de gran prestigio y alumnado selecto. Esta segunda cabeza de Grinnell, negativo perfecto de la primera, ocultaba orgullosa su singularidad: un mundo de profesores y artistas, un reducto de progresismo y vanguardia intelectual en pleno centro de Iowa. Era también un mundo ambiguo, que combinaba su indudable elitismo con un largo historial de contestación política que arrancaba, tal vez, de las simpatías abolicionistas de sus fundadores. Esta ambigüedad, característica del mundo universitario norteamericano, era en aquel entonces el único punto de conflicto en las relaciones entre los dos ámbitos del pueblo: el presunto izquierdismo, más teórico que

práctico, de la mayor parte de profesores y estudiantes del *college*, levantaba ampollas en una sociedad de granjeros conservadores y temerosos de Dios. Por lo demás, la costumbre y una larga historia compartida atemperaban la desconfianza: como líquidos de distinta densidad, ambos espacios fluían sin mezclarse, con segura naturalidad. Yo así lo percibía, al menos, aunque es cierto que mi red de relaciones caía más del lado del *college*, que llegué a conocer bastante bien.

Los terrenos del *college* arrancaban en las inmediaciones del centro y se abrían hacia el sudeste en un profundo abanico de edificios, parques y campos de juego. El campus era una imitación convincente del estilo de la *ivy league*: edificios de piedra y ladrillo rojo envueltos por amplias extensiones de césped y entre los cuales despuntaban construcciones más recientes, remedos del estilo informalista que tanta fortuna tuvo en el mundo anglosajón durante la posguerra. El resultado era armónico pero incongruente: un parque inglés rodeado por maizales, edificios de inspiración victoriana a dos pasos de las granjas y los graneros de madera que salpicaban las afueras del pueblo. Debiera acaso escribir en presente pues algunas visitas recientes en Internet me hacen pensar que poco ha cambiado en Grinnell y su campus, cuyo centro emerge a la memoria como una inmensa planicie de césped que hacía las veces de plaza pública y en la que confluían, sin atravesarla, la casi totalidad de los caminos que surcaban el *college*. Recuerdo haberla cruzado el día de mi llegada y haberme sorprendido ante su quietud y su aspecto desértico: eran las seis de la tarde, el sol pegaba fuerte aún, y sin embargo nada se movía, ni siquiera los arces y sauces solitarios que punteaban el horizonte. La sorpresa era mayor si se pensaba en la falta de vallas o de vigilancia que pudiera impedir al paseante tumbarse sobre la hierba o jugar a la pelota. Parecía que el pueblo hubiera asumido de manera tácita su falta de derechos sobre los terrenos del *college*, de uso exclusivo para unos

estudiantes que por lo demás todavía no habían regresado de sus vacaciones.

Visitas posteriores matizaron esa primera impresión de vacío, aunque siempre experimenté una sensación de furtivismo inquietante cuando –cosa frecuente– atravesaba el campus para ganar tiempo. El *college* se interponía habitualmente en mi constante ir y venir por el pueblo y vadearlo era poco menos que una estupidez. Lo más frecuente era no cruzarse con nadie: pronto descubrí (descubrimiento trivial, si se quiere, pero de cierta importancia práctica) que el norteamericano rinde culto a su coche y lo utiliza para los trayectos más nimios. Desplazarse a pie era y es una excentricidad, aunque sólo haya que salvar dos manzanas. En mis primeros paseos por el pueblo me intrigó no tener compañía; los únicos signos de vida eran los visillos que se desplazaban tras las ventanas, dejando entrever una mirada de sospecha ante aquel extraño que estudiaba con ojos curiosos las fachadas y los jardines. En mi caso se trataba de una excentricidad obligada, pues las condiciones de mi estancia me prohibían de forma terminante conducir. Lo que al principio me pareció una imposición sin importancia se me reveló enseguida como un impedimento grave: sin coche no era nadie, dependía de los demás para cualquier desplazamiento, me veía tratado como un inválido. Pero esa es otra historia. Lo que recuerdo ahora al cruzar el campus, como al cruzar el pueblo, es la falta de gente, la sensación de quietud extrema. Supongo, debo suponer, que esta impresión tiene más que ver con mis propios deseos que con la realidad, pues sin duda lo frecuenté más intensamente en las épocas de actividad académica, cuando los estudiantes tomaban posesión de su mitad del pueblo. Otros recuerdos me figuran con unos pocos amigos (Jeremy Duke y Steve Dorrell, sobre todo), de noche, buscando un rincón apartado para nuestros experimentos alucinógenos: era lo más adecuado, visto el riesgo de conducir fumado y la relativa

impunidad que ofrecían ciertos lugares del campus, como las cercanías del estanque o el campo de fútbol, donde la policía apenas se aventuraba. Pero eso pertenece, como todo lo que regresa más nítidamente de aquel tiempo, a los últimos meses de mi estancia, al final de la primavera o el comienzo del segundo verano. [...]

Del libro inédito *El silbido del verano* (en preparación)

Jordi Doce tiene la finura norteña del poeta nacido en Gijón (1967) que ha vivido desde dentro la cultura anglosajona. En una época fundamental de su formación fue lector en Sheffield (Inglaterra), en cuya universidad se doctoró en Letras con una tesis sobre la presencia del romanticismo inglés en la poesía española contemporánea.

Lector también en la Universidad de Oxford (1997-2000), no es extraño que sea uno de los más apreciados traductores del momento. Ha traducido la poesía de Paul Auster, William Blake, T.S.Eliot, Ted Hughes, Charles Simic, Peter Redgrove, Charles Tomlinson...

Como poeta es autor de *La anatomía del miedo* (Premio Antonio González de Lama; León, 1994), *Diálogo en la sombra* (Deva, Gijón, 1997), *Lección de permanencia* (Pre-Textos, Valencia, 2000), *Otras lunas* (Premio Ciudad de Burgos; DVD, Barcelona, 2002), *Gran angular* (DVD, Barcelona, 2005).

Su labor como editor y crítico es también destacada. Además de colaborar en numerosas publicaciones, coordinó junto con Andrés Sánchez Robayna el libro *Poesía hispánica contemporánea* (Círculo de Lectores/Galaxia Gutenberg, 2005), que recoge las intervenciones de relevantes poetas y críticos en un curso de verano realizado en 2003 en El Escorial.

Es autor de los siguientes volúmenes de prosa: *Bestiario del nómada* (2001), *Hormigas blancas* (2005), *Imán y desafío. Presencia del romanticismo inglés en la poesía española contemporánea* (2005), *Curvas de nivel* (2006).

La gestión cultural y la docencia de escritura creativa son actividades fundamentales de Doce. Sostiene dos blogs imprescindibles para conocer sus creaciones:

<http://jordidoce.blogspot.com>

<http://lecciondepermanencia.blogspot.com>



En 2009 ha iniciado una revista digital también en formato blog junto con José María Castrillón: <http://lasrazonesdelaviador.blogspot.com>. Ha tenido la generosidad de regalarnos para *La sombra 12* (de Doce a 12) este arranque de un libro inédito que recuerda su estancia en Estados Unidos allá por 1985-1986.

POEMAS INÉDITOS DE *RITUAL* (2009)

1

En los bordes de la ciudad indetenible. Tránsito hacia una fuga, luego dispersión y conducta de hotel robando el pulso masticado de la vida. Quizá fueran tus huellas que reescriben historias. Quizá esos lobos molestos tras el aullido del repliegue. Lo cierto es que al abrigo del chaflán dos muchachos matan una paloma y su esqueleto queda tendido encima de la calle

2

El cobijo
lleva la mordedura

purgatorio
sumergido

por eso nos enseñan a bucear
por eso masticamos algas apagadas

3

Tríptico o cerco

La cámara donde nadie pueda verla. Rodar la vanguardia desde la tumba de barro

Un pueblo encima de las lentitudes

Y debajo, apuntaladas las pasarelas, ceñido el madero al hueso de la tierra, un cuerpo persigue con su linterna el otro lado de la bestia

4

Cerca

En este lugar mísero
poso de desnudez—

En este hombro apoyado
contra las criaturas
que no son criaturas
sino ansiedades embestidas—

En este lar ahíto
y perfilado por *nadie*

he decidido
echar a perder
lo derrotado—

Ernesto García López (Madrid, 1973) es un getafense (aunque naciera en Madrid y no viva ahora en Getafe) que nos descubrió en la red y quiso compartir con nosotros su pasión por la palabra. Su formación en Antropología, Biblioteconomía, Gestión y Desarrollo Local habla mucho de su curiosidad múltiple que le ha llevado profesionalmente al campo de la gestión cultural y el desarrollo local.

Ha publicado los poemarios *Voç* (1998), *Fiesta de pájaros* (2002), la plaquette *Últimos poemas de Félicien Rops* (2005), *El desvío del otro* (2008) y el pliego de poesía *Tierra de nadie* (2009).

Junto a la poeta Pilar Fraile Amador coordina en Madrid el espacio de lecturas y actividades poéticas “*Indómita*“. En la actualidad colabora como crítico en los blogs literarios *Pájaros de papel* del diario *La Opinión* de A Coruña, *Pata de gallo* (suplemento de poesía de *Literaturas.com*), y en la revista latinoamericana de cultura *El Otro Lunes*.

Ha tenido la generosidad de regalarnos esta muestra de su libro inédito *Ritual*.

Se puede conocer más sobre él a través de su abundante presencia en la red:

<http://www.catedramdelibes.com/archivos/001413.html>

<http://ernestogarcialopez.blogspot.com>

<http://lasafinidadeselectivas.blogspot.com/2007/02/ernesto-garca-lpez.html>



O TEMPO NON É NADA

O tempo era un carreiro, daquela.
Agora, o tempo telo tí, téñeno outros.
Eu teño esta broma no lombo ás noites.
O tempo, meu fillo,
meteuno miña nai onte a noite nunha bolsa de plástico
e despois baleiroume a bolsa na cabeza,
para me asustar.
Non caiu case nada: unha cobra, un arrepío.
Nin me asustou sequera.

Ese bulto de aí semella ser un home,
mira.

EL TIEMPO NO ES NADA

El tiempo era un camino estrecho, entonces.
Ahora el tiempo lo tienes tú, lo tienen otros.
Yo tengo esta broma en los huesos por las noches.
El tiempo, hijo mío,
lo metió mi madre anoche en una bolsa de plástico
y después vació la bolsa sobre mi cabeza
para asustarme.
Cayó una culebra, un escalofrío. Total, nada,
ni me asustó siquiera.

Ese bulto de ahí parece un hombre,
mira.

En mayo de 2007, en el hoy desaparecido Centro de Apoyo al Profesorado de Getafe se celebraron las V Jornadas de Animación a la Lectura con el título de “Poesía aquí y ahora”. La conferencia que inauguró aquellas jornadas (que nuestra revista publicó en junio de 2008) emocionó a muchos de los asistentes. Su autora, **Luz Pichel**, conoce desde dentro el oficio de educar y el oficio de escribir. Lo conoce y lo sabe contar con mucha lucidez.

Luz Pichel lleva la memoria de Alén (del municipio de Lalín, Pontevedra, donde nació en 1947) por donde quiera que vaya. La naturaleza gallega y sus misterios están detrás de sus versos. Su obra poética se compone de libros como *El pájaro mudo* (1990), *La marca de los potros* (2004, Premio Internacional de Poesía Juan Ramón Jiménez) y *Casa Pechada* (premio Esquíu de poesía en gallego).



A su trabajo de muchos años (Luz se jubiló en 2007) como profesora de Lengua y Literatura en centros de Secundaria hay que sumar su labor desde 2002 junto a Guadalupe Grande en la dirección del Centro de Estudios de la Poesía de la Universidad Popular “José Hierro” de San Sebastián de los Reyes.

En esta nueva etapa digital de nuestra revista, Luz ha querido regalarnos este magnífico poema en gallego con su traducción al castellano.

Quien quiera saber más sobre ella, no puede perderse el **hermoso reportaje** que LITERALIA TV le ha dedicado en sus “Anaqueles ocultos”.

¿QUIERES JUGAR CONMIGO?

Tic-tac tic-tac tic-tac tic-tac.

¡Dong!

Medianoche.

¡Tric-trac-trac-trac-track!

Suenan mis parpados al abrirse. Nada. Una tela violeta cubre mis ojos. Mi brazo chirría cuando le extiende y aparto la tela con movimientos torpes.

¡Tiri-ri ri-ri ri-ri rin!

Al girar el cuello emito una musiquilla aguda. Miro a mi alrededor. Gran cantidad de vestidos, camisetas y pantalones me reciben. Al estirar las piernas descubro que estoy en un lugar cerrado y pequeño. Vuelvo a torcer el cuello mientras retorna la música. Al poner los brazos en cruz suena un fuerte chasquido. Hace demasiados años que no me muevo. Topo con una madera sólida con una de mis manos y con una puerta cerrada con la otra. Estoy en el armario. Al abrir la puerta me siento en el borde y observo los engranajes de metal y madera que forman mis piernas. Bajo de un salto torpe, entre crujidos. Estoy en la habitación, *su* habitación pero, ¿dónde está ella?

Doy un par de pasos patosos y caigo al suelo. La habitación ha cambiado mucho desde la última vez que la vi. Todos los juguetes han desaparecido. El resto de muñecas han sido desterradas. Parece que yo

soy la única a la que ha querido conservar, de percha en el armario. Allí donde antes estaba la mesa donde nos sentábamos a “tomar té” hay ahora un gran espejo de cuerpo entero. Observo mi imagen reflejada. La suave cabellera rubia que un día tuve es ahora un revoltijo de jirones de pelo enredado. La madera caoba y los engranajes metálicos están cubiertos por una pesada capa de polvo. En mi rostro, una eterna sonrisa exagerada y unos redondos ojos azules. Restos de pintura manchan mis mejillas, del día en que decidió maquillarme. Aprieto los puños. Durante toda su infancia estuve con ella, hizo conmigo lo que quiso y ahora me tiene relegada al armario. He vivido en la oscuridad mucho tiempo pero hoy eso se acabó. Ya me he cansado de ser su muñeca, esta noche seré yo la que juegue con ella.

Tac-tac-tac-tac.

Por primera vez percibo la lluvia en los cristales. Sonreiría si mi rostro no fuese una grotesca máscara de felicidad. Salgo por la puerta con pasos difíciles. El comedor me recibe en penumbra. Las luces están apagadas y la única luz la emite el televisor. Distingo su cabeza en el sofá. Está hablando por teléfono.

—Sí. No, estoy sola en casa —se le corta la voz mientras habla—. No, todo el edificio está celebrando Halloween fuera de casa. Ya, si seguro que no ha sido nada, pero me he asustado un poco —escucha un momento—. Estoy viendo la tele. Sí, una de miedo —vuele

a callar—. Sí, supongo que es por eso... pero es que juraría haber escuchado música en la habitación... Sí, deben ser neuras mías.

Mientras ella habla reconozco el comedor. Detrás tengo una mesa llena de revistas y objetos varios. Sobre un ejemplar de una revista adolescente hay una barra de pintalabios. La cojo con manos torpes y la abro. Tengo que ponerme de puntillas para llegar hasta la pared, pero una vez estoy a la altura necesaria comienzo a escribir. “¿Quieres jugar conmigo?” Las letras son irregulares y extrañas. Ladeo la cabeza, provocando un par de notas. Ella se revuelve en el sofá.

—Acabo de escuchar música detrás de mí. Sí, pero el móvil está sin batería. Además juraría que es música clásica —vuelve a escuchar.

A unos pasos de mí hay un extraño cable conectado al corriente eléctrico. Me muevo con cierta dificultad y llego hasta él. De un tirón fuerte arranco el cable de cuajo. A mi espalda ella sigue hablando por teléfono.

—Pueden ser tonterías mías, pero no creo que me haya inventado todos los ruidos que estoy escuchando.

Se calla de nuevo. Puedo ver la cara de confusión que pone al no escuchar respuesta.

Piiii-piii piii-piii

Incluso yo llego a escuchar la línea cortada. Reflejado en el cristal de la terraza puedo ver cómo en su rostro se dibuja una cierta expresión de terror. Rodeo el sofá y me pongo a su altura. Lanzo el pintalabios contra la mesilla de detrás y ella se gira lentamente para ver que ha sido el ruido.

Como hecho aposta, en la película se enfoca una escena del cielo despejado, dándole claridad a la habitación. De esta manera, ella ve claramente las letras escritas en rojo. Su cara pasa de la sorpresa al desconcierto, y del desconcierto al miedo. Como a cámara lenta, se le resbala el teléfono de las manos.

—¿Lily? —susurra mi nombre. Ojalá pudiese contestarla.

Una oleada de rabia me invade. Por todos esos años siendo su esclava. Por todos los años encerrada en el armario. Por el desprecio y el olvido que demostró al abandonarme como si estuviese rota y no sirviese para nada...

Ladeo la cabeza lentamente, haciendo que la música suene en todo su esplendor y que se reconozca perfectamente la canción.

—Lily, ¿eres tú? —me busca con la mirada, hasta que un nuevo rayo de luz proveniente del televisor me ilumina.

Sus ojos se abren mucho y la mandíbula comienza a temblarle. Alza una mano en mi dirección, como si quisiese acariciarme. Aprieto fuertemente los puños, provocando un estallido de crujidos. Ella tiembla casi imperceptiblemente y retrocede un paso. La imito, acercándome a ella.

Su respiración es cada vez más rápida y no deja de mirar a la puerta del comedor. Giro el cuello en esa dirección y se estremece al escuchar la música de Beethoven. Entonces, como si alguien hubiese accionado un resorte, comienza a correr hacia la salida.

Salgo detrás de ella de inmediato, mientras los engranajes de mi cuerpo comienzan a quejarse. Ella corre más rápido que yo, pero no puede llegar muy lejos. Una vez frente a la

puerta de la calle ya no tiene escapatoria. Tira frenéticamente del pomo, intentando abrirla por todos los medios.

Pum-pum-pum.

Sus puñetazos son inútiles, ella misma ha dicho que no hay nadie más en el piso. Cae de rodillas en el suelo, temblando de pánico. Se gira hacia mí y veo unas lágrimas de miedo surcando sus mejillas.

Lentamente me acerco a ella y comienzo a acariciarle el rostro. Me mira confundida, mientras voy introduciendo mis dedos en su pelo. Entonces aferro con fuerza su cabello y golpeo su cabeza contra la puerta...

Media hora más tarde va despertando. Mira a su alrededor, desorientada. Cuando intenta moverse descubre que está atada a la silla e intenta gritar. La mordaza impide que su grito se eleve demasiado, pero yo llego a oírlo, con placer.

Entonces comienza a luchar contra las cuerdas que la aprisionan. Dejo que lo haga

hasta que se canse. Una vez se ha rendido y su cabeza cae a un lado, cojo el peine de juguete que he encontrado debajo de la cama y comienzo a peinarla.

Su pelo se retuerce entre los dientes del cepillo, quedando enredado. Y cuando tiro con fuerza de él, un mechón de pelo le acompaña. Un grito ahogado se escapa de sus labios y cuando la miro veo lágrimas de dolor en sus ojos.

Sigo peinándola, mientras disfruto del momento. Cuando he acabado, saco el viejo estuche de pinturas, rotas y gastadas. Empezaré maquillándole los ojos, aunque a la brocha apenas le quede esponjilla. Ella me mira aterrorizada, puede que después tomemos el té.

Hoy me toca jugar a mí...

Hija del equilibrio

LUNA LLENA

Aquella noche, la luna brillaba con todo su esplendor, iluminando el ancho cielo, mientras las envidiosas estrellas continuaban con su afán de imitarla, como había sucedido a lo largo de los siglos. En otras ocasiones, encerrada en mi cuarto, como solía transcurrir a veces mi día a día, me levantaba de la cama y salía al balcón, deseando poder observarlas.

Sin embargo, esa noche su luz ya no me llegaba ni me reconfortaba, como sucedía antes. Incluso podía decir que me molestaba. No hacía más que recordarme días pasados, días felices que ya no volverían... ¿Por qué seguía brillando en aquella noche oscura cuando el resto del mundo no lo hacía? ¿Por qué intentaba iluminar mi vida, la cual ya se había extinguido? Mi corazón sufría ante estos pensamientos. Lo notaba esparcido a mis pies, roto en diversos y diminutos pedazos. Tenía miedo de agacharme a recogerlo y mucho más a intentar recomponerlo. Porque sabía que entonces el dolor regresaría. Y volvería a romperme y desangrarme por dentro, otra vez.

Hacía frío, podía notarlo aunque, extrañamente, no me importaba. Mi dolor era peor que aquella sensación. Mi piel tiritaba, cubierta sólo por un simple vestido blanco de seda y tirantes, lo que no lo hacía muy abrigador, obviamente. Al salir, ni me había planteado coger algo más de ropa. Pero, de nuevo, ¿qué importaba? Si me congelaba, también lo haría mi corazón. No tendría que sufrir más. Sería casi un alivio.

No me acerqué al pueblo, sino que me dirigí hacia la costa, aunque más bien debería

decir que mis pies andaban solos. No tenían ningún destino fijado, sólo quería alejarme lo más posible de allí. El castillo, mi hogar durante los últimos meses.

Llegué hasta el acantilado sin darme cuenta y no pude evitar darme la vuelta y observar, impotente, el imponente castillo que se alzaba protector ante el pequeño pueblo que hacía unos minutos había decidido esquivar. El único pensamiento que había tenido, sin recordar el dolor.

Era medianoche y sólo había una ventana iluminada, en la octava torrecilla de la parte este del castillo, la única que podría reconocer en cualquier momento y lugar. La habitación de Derek. Donde, para mi desgracia, aquella noche él no la pasaría solo...

Mis ojos se anegaron de lágrimas al recordarlo. Nuestros padres concertaron el matrimonio, pero pensaba que, a pesar de eso, nuestro amor era verdadero. Sólo hacía unos meses que mi padre había decidido trasladarme con mi futuro esposo, mi prometido.

¿Qué falló en nuestra relación? Habíamos pasado prácticamente todos los días juntos, incluso en las varias ocasiones en las que mi delicada salud lo impedía. Era en esos momentos cuando creía que demostraba más que nunca su amor por mí, al pasar conmigo los días en los que estaba en la cama, descansando y recuperándome, encerrada en mi habitación. Me cuidaba para que me recuperase cuanto antes y pudiésemos volver a pasear por los jardines, ir a visitar a reyes

lejanos o simplemente pasar un rato de intimidad.

Pero ya nada volvería a ser lo mismo. Me sentía traicionada. Todo el amor que yo había invertido en él, ahora lo empleaba con otra. Sin embargo, no me embargaba el rencor, ni el deseo de venganza. Simplemente, consideré que no había sido suficiente para él. Decaída, impotente, nunca sería una buena esposa, tal y como me enseñaron durante toda mi infancia. Deseaba pedirle consejo a alguien, pero mi padre se encontraba lejos de allí, a varios días de distancia, y no podía buscar consuelo en mi madre.

Mi pregunta era ¿qué debía hacer ahora? ¿Tal vez intentar mejorar, para que se diese cuenta de que por mi amor, era capaz de todo? No podía. Ya no. No me encontraba con fuerzas para volver a verle, ni siquiera. Débil. Casi podía notar mi cuerpo desplomándose. ¿Qué era lo que lo sostenía? La vida.

Fue entonces cuando me percaté realmente del lugar donde me encontraba. ¿El destino? No podía ser otra cosa. Él, atento a mi situación, me había abierto una nueva bifurcación en mi camino, que podía seguir, dejando todo lo demás atrás... Sería tan fácil escapar de la realidad, de los engaños, de las mentiras, del dolor y el sufrimiento, del desamor... Hacia un lugar donde sólo existiese la pureza eterna.

Me descalcé, dejando mis zapatos como prueba de mi decisión y posando los pies en el frío suelo. Tal vez con ellos podrían deducir, tarde o temprano, qué había sido de mí. Pensé por un momento en dejarle una carta a Derek, pero no llevaba ningún papel encima, ni un lápiz. Y tenía ya demasiado claro que no regresaría ni al pueblo, ni al castillo.

Me acerqué al borde del precipicio. Aquella bifurcación en la que antes había pensado, en realidad, no era más que una mentira. Más bien, se me había dado la posibilidad de cortar el paso. Terminar mi camino, antes de tiempo. El final.

Las aguas del mar parecían estar en calma, por lo menos, desde aquella altura. Pero daba igual. El resultado sería el mismo. Mi cuerpo no lucharía para subir a la superficie, como harían otros, pues sabía qué le esperaba en ésta. Dolor, para siempre.

Mi mente se llenó de pensamientos dirigidos hacia mis seres queridos: mi familia, sobre todo mi padre, al que seguramente se le partiría el corazón por mi decisión; mi suegro, quien siempre me había tratado como a una hija más; y Derek... Sí, fue en ese momento cuando descubrí que le seguía queriendo con locura. Suyo era mi corazón, ahora marchito, por siempre. Él último de mis pensamientos se lo dediqué sólo a él...

...antes de avanzar el último paso que me separaba del final y notar cómo la gravedad ejercía el efecto deseado, cumpliendo mi deseo. Cerré los ojos, despidiéndome del mundo (mi mundo), Derek, mientras me precipitaba hacia el mar. Ya sólo sentía cómo caía, caía y caía...

Paz.

Fue la primera sensación que tuve, mi primer pensamiento. ¿Era aquello un sueño? Entonces, ¿estaba muerta? Pronto pude percibir más sensaciones, como la calidez y el sentirse reconfortada. Mi corazón volvía a estar en el lugar adecuado antes de que se rompiese, como si nunca hubiese sido herido. El dolor tampoco parecía haber existido.

Estaba confusa. Mis memorias eran confusas. No recordaba nada con claridad desde el momento en el que pegué la oreja a la puerta de la habitación de Derek, al escuchar la conversación con su amante. Sólo la caída al agua, la falta de oxígeno, el peso de mi cuerpo que me arrastraba hasta el fondo del mar, para siempre. Mi tumba, donde debería estar ahora.

Pero no sentía ningún tipo de contacto acuático en mi piel. El frío seguía traspasándola aunque... era extraño. Ya no tiritaba. Tampoco lo sentía realmente.

Abrí los ojos lentamente. Aún era de noche. Soñolienta, pude ver que alguien me

llevaba en sus brazos. Aquella sensación de calidez provenía del contacto entre su cuerpo y el mío, además de cómo se arrimaba a mí, de forma protectora. Quise preguntarle qué me había sucedido, qué había sido de mí.

Las palabras no llegaron a salir de mis labios, al irme despertando poco a poco y observarle. Podría reconocer ese rostro en cualquier parte. Sus labios serios, formados por una línea totalmente recta, daban también una sensación reconfortante, apacible, serena, como si todo aquello que dejases en sus manos tenía solución posible. Así siempre fue él.

Mark. Mi Mark. El hermano que perdí por una epidemia, a mis doce años, trece para él. Había crecido, había madurado. Aun así, para mí nunca cambiaría. Sus ojos, cansados y con ojeras la última vez que le vi, parecían rebosar ahora una vida sin fin. No pude evitar alzar la mano, con la intención de rozar su pómulo, su piel, sentir que todo aquello era real.

Su contacto resultaba suave al tacto. Me habría abalanzado sobre su cuello, para abrazarle y estrujarle contra mí, comprobando que aquello seguía sin ser un sueño, cuando algo me detuvo. Mi propia mano. La luz de la luna incidía sobre ella y la traspasaba, como si fuese traslúcida. Aunque más que parecerlo, lo era. A través de ella, podía ver, aunque no nítidamente, lo que había detrás...

Cerré momentáneamente los ojos. Entonces, era verdad, estaba muerta. La única explicación posible de encontrarme con Mark, después de tanto tiempo. Volví a abrirlos a tiempo para observar las dos grandes alas blancas que salían de la espalda de mi propio hermano, de las cuales no me había percatado hasta ese momento. Tomó impulso desde el suelo y, con infinita gracia, movió las alas a un ritmo



constante y despegó del suelo. Con un rumbo fijo, parecía dirigirse hacia el cielo.

Me apretujé más contra él. No hacían falta palabras para expresar la serenidad que emanaba en ese instante. Ahora que había muerto, Derek podría ser feliz con cualquier otra esposa que le correspondiese. Yo, en cambio, podría permanecer al lado de mi hermano, para siempre. No volvería a sufrir nunca más.

Un destello. Dirigí la mirada hacia el cielo, nuestro destino. Me pareció haber visto de una nube oscura una luz que me recibía. ¿Recibir? Me fijé más en ella, hasta observar claramente una persona sobre ella, con dos pares de alas más. Un ángel, pensé al principio. Empecé a captar sus rasgos con más nitidez, al irnos acercando: su sonrisa franca y sincera, su melena rizada de color castaño que caía por su espalda hasta la cintura, su cara ovalada, parecida a...

Ella también me esperaba. Mi madre. Nos parecíamos mucho, en aspecto físico, tal y como mi padre siempre me describió y explicó. Era muy guapa y me recibía con los brazos abiertos, por fin...

¿Aquello era la máxima felicidad que podría alcanzar? Era suficiente para mí. Al cabo de un tiempo, sin prisas, estaría finalmente rodeada de todos mis seres queridos. Ahora, me bastaba con mi madre y Mark.

Mientras seguíamos ascendiendo, observé la luna llena, que seguía alumbrando la noche y ahora, también mi corazón. ¿Cómo podía haberme resultado molesta? Cerré los ojos, dejándome acariciar por su pequeña luz, volviendo a sentirme completa y dichosa, a pesar de haber muerto.

Elena Martín

AS YOU WERE

*Despertó en la zanja más tenebrosa de la madrugada,
cuando la luna ya se ha puesto y el tiempo deja de existir.*
Stephen King, *La Historia de Lisey*

Era su momento preferido: entre el día y la noche, cuando pensaba con más claridad, siempre lo había sido. Y sin embargo era distinto a las otras veces.

Sencillamente no podía pensar, estaba completamente bloqueada, parada, inútil, al igual que el pequeño reloj encima de su mesilla. Empleó las pocas fuerzas que le quedaban para levantarse de la cama y asomarse a la ventana, donde descansaba un solitario cigarrillo que parecía estar esperándola. Lo pensó dos veces y decidió encenderlo, ya que no haría daño a nadie excepto a sí misma.



Permaneció allí una hora, o tal vez dos, daba igual, porque no pensaba en ello, no pensaba en nada, ni quería hacerlo.

“¿Cómo hemos llegado a esto?” leyó en la pequeña nota que siempre llevaba en el pantalón. No sabía la respuesta a esa pregunta; de hecho, ni siquiera sabía por qué seguía guardando aquella nota como si tuviera algún tipo de valor, cuando lo único para lo que servía era precisamente para lo contrario, para recordarle que ya no valía de nada.

Tal vez tenía ese problema, el de revolver el pasado, impidiéndose así vivir el presente. Y la verdad es que ni podía evitarlo, ni creía posible dejar de hacerlo. Después de todo, ella misma se lo había buscado. Pero aún así sobrevivía al paso del tiempo.

Así que cuando sonó el despertador volvió a su vida.

Pandora, 26-11-09

UN CUENTO DE DEMONIOS

La abuela cogió una silla y se sentó al lado de la cama donde estaba el enfermo. El pequeño llevaba varios días con fiebre. Con voz tierna le dijo:

–Vamos, Alex, ánimo, que te voy a contar un cuento.

–Yo no quiero un cuento, abuela –contestó el enfermo–. Eso es para pequeños.

–Es verdad –dijo la abuela sonriendo–, ya has cumplido 12 años. Aunque estoy segura de que este cuento te gustaría. Hay héroes y villanos, muerte y destrucción, y también amor...

Antes de que la abuela pudiera continuar el niño la interrumpió sobresaltado.

–¡AMOR! Por favor, abuela, ¡qué asco! Entonces ya sé cómo va a acabar, ella se termina casando con el chico y viven felices.

–Pues este cuento es distinto de lo que tú te crees. Además salen demonios...

La cara del oyente se transformó. – ¿Demonios, de verdad salen demonios? – preguntó esperanzado.

–Vale, si salen demonios puedes empezar.

Hacia varios días que la oscuridad invadía toda la ciudad, y la sangre y los muertos llenaban las calles. La gente corría asustada a sitios seguros, los soldados solo podían mirar al cielo...

–Entonces apareció un héroe montado en un dragón alado, que acabó con todo el sufrimiento y se quedó con una chica muy guapa. Fin –dijo el pequeño mirando despectivo a la abuela.

–Déjame que continúe, verás cómo te gusta.

El cielo estaba cubierto por seres alados que se enfrentaban a los humanos en una batalla para gobernar la Tierra. Dos jóvenes corrían por una calle ancha y solitaria.

–Ya está, ya han aparecido los tortolitos.

–Calla, no interrumpas –dijo la abuela y continuó contando la historia.

De repente dos demonios que les habían visto se abalanzaron sobre ellos. Corrieron todo lo que pudieron pero en un instante les cortaron el paso y...

Estoy pensando que igual tienes razón y esta historia es un rollo, mejor lo dejamos.

–¡¿Qué?! no, abuela, sigue ¿qué pasó?!

–Pero si a ti no te interesa –dijo la abuela mirando al pequeño enfermo.

–Pero acaban de aparecer los demonios. Abuela, por favor, cuéntame que pasó con ellos.

–Vale, tranquilo, seguiré. *El corazón de los muchachos latía con fuerza; sin ningún lugar donde poder refugiarse, los demonios se abatieron sobre ellos. Los gritos de dolor se oían por toda la calle. Los jóvenes intentaron defenderse, aunque todo era inútil.*



*Everybody hear your laugh...
I'm the only one who hear your cry.*

Yolanda Muñoz

Los demonios les mordieron el cuello y los brazos. La sangre caía como una catarata. Cuando las fuerzas les abandonaban, el muchacho gritó algo que la chica no pudo oír con claridad. En ese momento, una luz salió de su interior y se metió en el cuerpo de ella. Los demonios, cegados por el intenso resplandor, salieron volando.

Tras su marcha, la chica pudo ver cómo el cuerpo de su novio yacía en el suelo muerto, mientras ella agonizaba. Sólo le quedaban unos segundos de vida. Su cuerpo ya no respondía, sus ojos, aunque ella se esforzaba por mantenerlos abiertos, se cerraban poco a poco, hasta que ya no pudo más y se durmió.

–Abuela, te has equivocado, te has cargado a los protagonistas. Esta historia no tiene ni pies ni cabeza.

– ¿Eso es lo que piensas? Pues a mí me gusta. Pero has de saber que aquí no termina la historia. Sí, él ha muerto, pero ella... Cuando despertó estaba en una cama, tenía vendados los brazos y el cuello, alguien la había salvado de la muerte... pero ¿quién?

Una anciana se acercó hasta su cama. Mirándola con ternura fue revisando sus heridas. Ella, con apenas un hilo de voz, preguntó por su acompañante. La anciana movió lentamente la cabeza. “Lo siento niña, allí no había nadie, sólo se alejaban de allí unos demonios cargando un extraño bulto”.

La chica apretó los puños encima de su regazo y unas lágrimas le recorrieron las mejillas. La anciana se sentó a su lado para consolarla. En ese momento la chica se acordó de lo último que había dicho su novio. Le costaba recordar las palabras pues con los gritos de dolor no entendía bien lo que decían. Entonces se levantó de la cama de un salto.

–Ya me acuerdo –miró a la anciana. –Las últimas palabras de mi novio fueron: “Dos almas, un cuerpo”.

La anciana sorprendida se levantó y se dirigió hacia la puerta. Le dijo que se tumbase y que descansara. La chica asintió y se quedó pensando por qué su novio había dicho eso.

Unas horas después apareció la anciana con dos hombres y una mujer. Uno de los hombres era uno de los sabios del pueblo. Se acercaron hasta la muchacha y después de observarla le explicaron que lo último que había dicho su novio era un hechizo para pasar su esperanza de vida a otra persona.

–Cuando la muerte está cerca, el que hace el hechizo pasa parte de su vida a la persona que está muriendo y así compartirán su alma. Ahora parte del espíritu de tu novio está en ti –los hombres se miraron entre ellos.

–Cuando te encuentres mejor, deberás abandonar el pueblo. La chica no entendía por qué la ternura con la que había sido atendida por la anciana se transformó en los días siguientes en una extraña frialdad. Apenas recibía visitas, la anciana llegaba con la comida y sin dirigirla palabra alguna, esperaba que ella comiera para abandonar la estancia con el plato vacío.

Pasadas unas semanas la joven se recuperó. Cuando cruzó la puerta recibió las miradas de odio y temor de los vecinos. Ella no entendía lo que estaba pasando. Con el corazón lleno de tristeza se fue alejando de la población. Entonces unos gritos la alertaron. “¡QUE VIENEN LOS DEMONIOS!”.

La muchacha vio cómo el cielo se cubría con una espesa nube negra. El batir de

incontables alas rompía el apacible silencio de la marcha de la joven. Destacaba la figura de un fuerte demonio que encabezaba la marcha. Rápidamente los aldeanos cogieron sus armas preparados para luchar contra los demonios.

Los dos ejércitos quedaron uno frente a otro. En el centro ella permanecía inmóvil. Su mente sólo podía pensar en su amado, su corazón latía fuertemente como la última vez que le vio. El líder de los demonios se acercó hasta ella. Ella atemorizada ante la magnificencia de aquel ser, no levantaba la mirada. El demonio se quitó lentamente el casco. Y con una voz que le era conocida dijo:

–Al fin te he encontrado. Ven conmigo.

Ella levantó la vista, frente a ella estaba su amado. Las lágrimas de alegría corrían por sus mejillas. Había encontrado a su amor...

–¡Jo, abuela, otra vez me has vuelto a engañar! –dijo el chico enfurruñado. –Esta es la historia tuya y del abuelo.

La abuela sonrió. Mientras se acariciaba el pecho a la altura del corazón, pasó una mano por el pelo a su nieto. El joven, como siempre que le acariciaba la mano de su abuela, desplegó sus pequeñas alas y se dejó hacer.

–Abuela, ¿yo llegaré a ser un guerrero como el abuelo?

–Por supuesto, pero antes debes ponerte bueno.

Paloma Sánchez Gómez

ROSA ENSANGRENTADA

Miro al cielo y sólo veo oscuridad;
las estrellas, lejanos rayos de esperanza,
el faro roto que no ilumina el mar,
un mar que se pierde en el horizonte.
Una flor que se convierte en polvo;
un rayo de luz tapado por millones de miradas,
un grito de esperanza que sólo oyen los infiernos.
En mis oídos sólo oigo llantos,
unos llantos que tapan la verdad,
un mundo muerto y solo, un islote vivo,
y esa rosa que terminó conmigo.

Miguel C. Blanco (12 años).

HURACÁN

Fluye en el cielo rizado,
una constante canción,
de hermética predicción
y de murmullo alejado.
El viento corre plagado
de un desenfreno luctuoso,
sobre ese bosque oloroso
de penas y desazones,
donde cerúleas razones,
sucumben en modo airoso.

Y en esta loca violencia,
emprende el vuelo mi llanto,
mientras la luz entre tanto,
se aleja de mi conciencia.
La boca de la clemencia,
no emite ningún quejido,
en tanto un rayo de olvido,
se estrella sobre la peña,
en que mi anhelo desdeña,
de la distancia el silbido.

La tropas de la lejana,
de la lejana osadía,
han puesto un cerco en la umbría
sonrisa de la mañana.
Los ojos de mi ventana,
intentan prender sus faros,
mientras susurros avaros,
eclipsan el eco amado,
que tanto tiempo he buscado,
en rumbos toscos y raros.

Pero vendrá una lumbrera,
que apague mi oscuridad
y entonces mi soledad,
se volverá primavera.
Será de nuevo la hoguera
el centro del nubarrón,
que acaso del corazón,
se fue sin ser despedida
y entonces tendrá mi vida,
cordura en su sinrazón.

Alberto Madariaga
(México, 21 años)

TODO PARA NADA

Retuércete como el tronco
del árbol que nos separa,
esquívate la mirada,
soporta embestidas, cicatrices,
y a hijos de puta orinando en tus raíces.

Al final, todo como al principio,
tú en tu casa semidesnuda
tirando por el retrete los diamantes del alba
y yo detrás del camión de la basura.

BUCLES DE GRACIA

Mi cárcel de oro
hacía brillar tu silueta
en aquella noche de
parques nuevos.

Sin preocuparnos
por cuerpos de tantos géneros
y tantas especies.

No había Parental Advisory,
ni dentición,
ni esqueleto,
ni órganos internos.

Ni doce canciones,
ni espejos al revés,
ni rotos televisores.

Aunque algunos presumían
de haber vendido
más de medio millón
de copias falsas

de lo que ya dijo
alguno en sueños.

Y por fin el murmullo se adivinaba,
aunque podía ser ya demasiado viejo,
los círculos se retorcían,
se cuadraban.

Fue como quisimos,
a pedir de boca,
aquella noche fue
como la sangre en la nieve,
escandalosa.

BUSCANDO AGUA

Doce en la escala de Beaufort,
y uno vomitando a los mareantes.
Muchos sin rumbo, buscando en los derroteros,
y calculando la distancia con el sextante.
Unos cuantos recalando, mirando desde la cofa,
virando hacia un imposible, tirando sueños por la borda.

Ninguno en la línea de flotación,
sedientos, buscando agua en el aljibe,
arrojando escapularios sin ton ni son,
con sus barcos engalanados se van a pique,
porque no hay nadie aguantando el timón.

Pablo Volumen (Madrid, 1983) es cantante y guitarrista del grupo de rock *Volumen*, que publicó en 2008 el disco *Nadie hace nada*. Su pasión por el lenguaje y la poesía se evidencia en estos versos que ha hecho llegar a nuestra *Sombra*. Su poemario *Agua en la cuchara* puede leerse gratuitamente en la red.



No lo harás ...



Porque me quieres



Lo haré ...



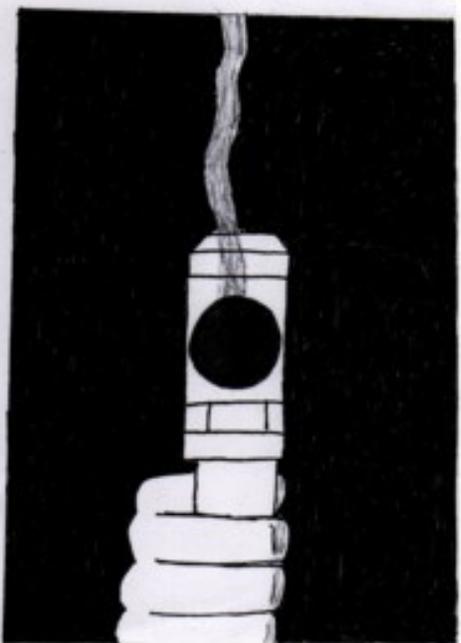
Porque tú a mí no

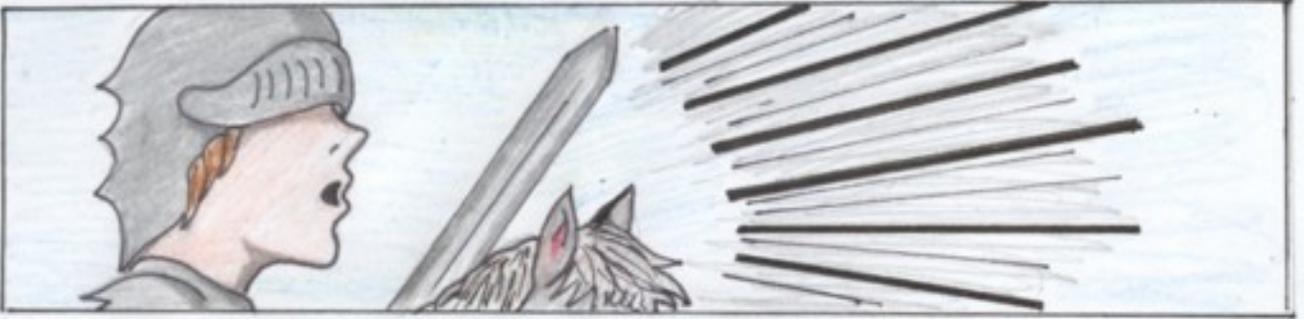
Me quiero más a mí

No seguiré viviendo con miedo

Adiós, mi amor

GZAB





JOAQUÍN LERA, PLURAL DELICADEZA

Entrevista

Ni en su lugar de nacimiento ha dejado de ser plural Joaquín Lera: (Madrid-Corcubión, 1959). Este gallego madrileño acabó el COU y tuvo la valentía de ingresar en una escuela muy exigente. En la calle Preciados de Madrid.

“Recuerdo que mi primera guitarra la tomé prestada en unos grandes almacenes y acto seguido me puse en una calle muy cerca de Sol a cantar con ella y ver la reacción de las personas que por allí pululaban.

Gente variopinta.

Funcionarios mezclados con trileros.

Carteristas haciendo su agosto con señoras atiborradas de rímel y optalidones.

Buscadores de talentos con la moral en el trasero.

Echadores de cartas.

Cabras equilibristas.

Familias enteras pidiendo limosna.

Abueletes amables con y sin chistera.

Cajeras juguetonas.

Rateros sin escrúpulos.

Zombies sin memoria.

Chicas precoces enganchadas a cualquier vicio.

Anónimos sin nómina.

Señoras encantadoras.

Agentes que recibían ordenes y te atemorizaban con llevarte al cuartelillo si seguías dando el cante”.

La calle Preciados, poblada de voces e historias múltiples, es la escuela que nutre la variedad de talentos de Joaquín. En una familia en la que se respira arte, Joaquín ha

ido alimentando sus cien ojos para crear: como guitarrista, cantante, compositor, poeta, dibujante, realizador de vídeo...

Y a esa permanente necesidad de crear se le suma un toque de distinción. Desde su manera de tocar la guitarra (es zurdo pero toca una guitarra de diestro, con las cuerdas al revés del resto del mundo), su modo de cantar (voz demasiado poderosa para los cantautores en ejercicio), la autenticidad de sus versos, su libertad y desvinculación de los profesionales del medro...

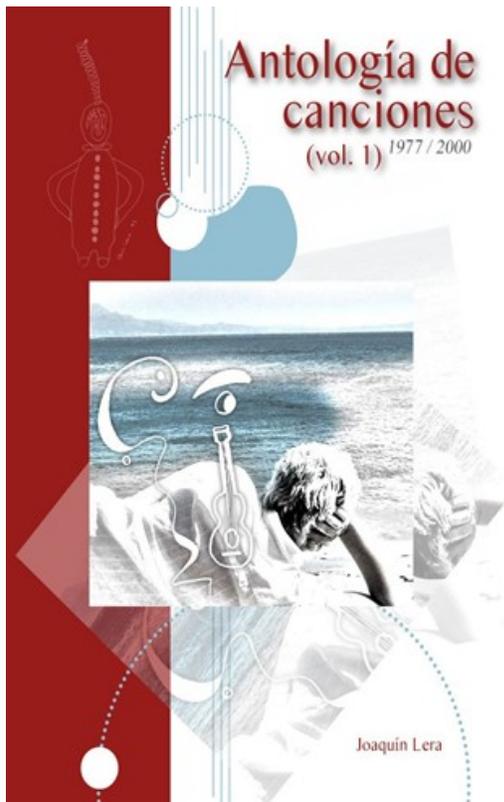
“He salido a caminar,
con el viento como amante.
Sin un duro que gastar.
Caminante”.

Lera ha cumplido 30 años de oficio desde su primer disco (*Ventolera*, 1989). No es de



extrañar que en sus actuaciones fuera de España sea acogido como un “ícono de la canción de autor en España”. Aunque aquí los medios miran hacia otro lado más inmediato, más juvenil, más efímero.

El camino desde Corcubión hasta su fábrica de sueños en Pedrezuela (su exilio del Madrid asfixiado en el consumo) es un camino que ha aumentado la pluralidad de su mirada y que le ha llevado a actuar en los últimos meses en Oporto, El Cairo, Venecia, Río de Janeiro, Amsterdam, París, Buenos Aires (no se pierdan el vídeo y la magnífica canción), Moscú, Berlín y Praga.



En un tiempo relativamente cercano, Lera se ha decidido a publicar en libro sus poemas: *Mujer Luna* (Ediciones Irreverentes, 2006), *Astrolabio* (2007), *La fragilidad de los espejos* (Mandala & Lapizcero, 2009). Como música y verso son brotes de una misma raíz,

su colección poética se completa con los dos libro-discos que recopilan sus treinta años de trabajo creativo: *Antología de canciones (vol.1) 1977/2000* (El País Literario, 2008), *Antología de canciones (vol.2) 2000/2008* (El País Literario, 2009).

Quedan muchas joyas de Joaquín Lera por descubrir. Todavía está en marcha su “El viajero Invisible” que reunirá en DVD los videoclips que ha grabado en ciudades de medio mundo.

Todavía están inéditos los discos que ha dedicado a musicar poemas de grandes como José Hierro, Luis Alberto de Cuenca, Luz Pichel, Chantal Maillard.

Difícil encontrar en un mismo artista la pluralidad de lenguajes, la autenticidad, la calidad de música y voz y la enorme generosidad que caracterizan a Joaquín. Abrimos este año 2010 con esta extensa entrevista que nos ha concedido.

Muchas de las canciones que compones tienen que ver con Galicia. ¿Qué inspiración te da Galicia que no te da otro lugar?

Galicia es mi cuna, mi mar, la luz que me vio crecer. Galicia es *Valle Inclán*, *Rosalía*, *Castelao* y mucho más *ainda*.

Galicia é meu *Pai* é miña *Nai*. Galicia es un grelo disfrazado de berberecho, una barca columpiándose en la *Ría de Corcubión* viendo a los chavales tirarse desde el muelle. Galicia fue mi primer amor y seguramente será el último con permiso de la muerte, mis ancestros, el *Apóstol* y las gaitas.

Allí escribí mi primera canción cuando llevaba pantalón corto, en el tejado de la casa

vieja mientras escuchaba fados cantados por la inmensa *Amalia Rodrigues*. Con un laúd que solo tenía una cuerda al que llamaba el “*unicordio*”.

Galicia es musgo, arena, piedras, poesía...

Poesía que sale del fondo del mar y del interior de los prados, hórreos y aldeas. Del alma de las rocas, las vacas, las olas y la escarcha.

Todo en *Galicia* me inspira. Es mi amante más fiel.

Has viajado por todo el mundo. ¿Cuál es el lugar en el que más a gusto te has sentido?

“Confieso que he vivido” diría *Neruda*. He tenido la gran fortuna de conocer otras culturas cuyos horizontes e ideales son muy diversos. Desde *China a Brasil. De Sudáfrica a Argentina. De Moscú a Nueva York. De Venecia a El Cairo pasando por Amman, Berlín, Ámsterdam, Sofía, Praga, Lisboa, París, Corea, Tokio, Miami, Estambul o Puerto Rico.*

Todos lugares de ensueño en los que me he sentido como *Corto Maltés* tomando notas.

Está claro que me tira el cono Sur; el bolero, la samba, el joropo o el tango por ejemplo además del blues, el jazz o la música clásica.

No es fácil decir cuál es el lugar donde me he sentido más a gusto, pues en todos hay algo especial.

Voy a decir cuatro a los que no me importaría volver: *La Habana, Montevideo, Buenos Aires y Salvador de Bahía.*

¡Hay sitios tan hermosos en este continente de contrastes, acentos, sabores y culturas!

En *Uruguay* existe un pueblito donde no me importaría tener una casita. Se llama *Colonia de Sacramento*. Soñar es gratis. De momento.

También los olores de las especias en los zocos de *Túnez* o *Marruecos* han dejado huella en mi pituitaria o las algas que me comí en *Japón* con mi amigo *Luis* que regenta una escuela de español en *Tokio* y donde canté hace una década.

Has trabajado junto con cantautores tan reconocidos como Joaquín Sabina. ¿Con cuál de ellos te apetecería más trabajar ahora mismo?

Han sido muchos los artistas con los que he tenido la suerte de compartir escenario, pentagrama, cuartilla y aventuras.

Sabina sin duda es uno de ellos. Ya lo hice en su disco *Ruleta Rusa* metiendo coros y algún que otro gallito. También otros que ya se han ido y eran buenos amigos como *Antonio Vega, Hilario Camacho, Quintín Cabrera o Enrique Urquijo*. Me encantaría poder llamarlos.

Y cómo no; pienso repetir con *Cristina Narea, Manolo Tena, Amelia Bernet, Luis Farnox, Alberto Cortés, Juan Antonio Muriel o mis hermanos de Ventolera*. Cada cosa a su tiempo. Si ellos se dejan, claro.

Hoy por hoy estoy sumergido en mi estudio trabajando en lo que será mi próximo proyecto con nuevas canciones que irán acompañadas de sus respectivos vídeos. Un doble DVD. El primero sólo con música y el segundo con todo. Letra, música e imágenes.

Un proyecto ambicioso al que le estoy dedicando muchas horas y no menos esfuerzo y en el que me acompañan con su

duende músicos de la talla de *Pablo Méndez*, *Javier Paxariño*, *Mariano Marín*...

Con ellos me quedo. Seguro que habrá alguna sorpresa de última hora. Ya os contaré.

Todos los vídeos están dirigidos y grabados por mí con la ayuda de *Koma*, mi ayudante de cámara. Francamente el resultado está siendo enriquecedor pero no tengo prisa en verlo terminado. Llevo dos años construyendo el puzzle y espero que este que ha comenzado con nieves, buenos augurios y la crisis a cuestas podáis verlo y escucharlo. Antes de la última luna de diciembre.

¿Crees que a la música de cantautor se le da la importancia que merece?

La música de cantautor siempre ha existido, existe y existirá.

Desde los tiempos de los juglares y el *Arcipreste de Hita* hasta nuestros días.

¿Qué sería de nosotros sin *Serrat* o *Leonard Cohen*, por poner un ejemplo?

Otra cosa es la vorágine de los medios y el poco esfuerzo que hacen para que los nuevos valores tengan su sitio. Tal vez Internet está ocupando un sitio relevante en este campo. Hoy por hoy hacerte un blog o una web para no sentirte olvidado y poder mostrar al mundo tus creaciones sin duda es un consuelo, pero no estaría mal un canal de televisión dedicado a los autores que ponen música a sus letras o viceversa.

El abanico desde mi punto de vista es tan amplio que tendría cabida desde *la copla hasta el rock and roll* sin olvidarnos del *hip hop* (*cantautores protesta del siglo XXI*).

Son muchos y muy buenos los que el público quisiera conocer y yo también.

¿Recuerdas con especial cariño a alguna persona que te haya apoyado en tu carrera musical?

Hacer lo que a uno le gusta ya es un privilegio y un apoyo sin paliativos. Hay muchas personas que lo han hecho y a las que estoy eternamente agradecido como canta *Rosendo*. Vosotros sin ir más lejos sois un buen ejemplo.

Mi carrera musical ha sido de largo y ancho recorrido.

Desde el principio tuve claro que no era un pañuelo de usar y tirar.

He tenido muchas oportunidades que he rechazado porque intuía que no iban a aportarme nada bueno y mucho menos nuevo. En este negocio todos quieren opinar y el artista tiene que ser fiel a sí mismo. De lo contrario se puede convertir en un juguete roto y perder la ilusión al dejarse llevar por los espejismos de los parlanchines.

He tenido suerte. He aprendido. Cada cana es un poema y una cuerda de guitarra.

El caso es que cada día me levanto con ganas de hacer cosas nuevas y ese es el verdadero triunfo. El mejor apoyo lo tienes en la gente cercana a ti.

Siempre estaré agradecido. Incluso tengo un club de fans que preside mi amiga *Amparo*. A mi edad.

No quiero olvidarme a ninguno pero sin duda las musas que han pasado por mi vida son el

ejemplo más humano y grato. A ellas se lo debo todo.

¿Cómo sueles componer las canciones (primero la letra, la música...)?

Y viceversa...

Las dos son válidas.

Unas veces una melodía te lleva a una frase, una fusa a una palabra, un sonido a un poema y otras todo lo contrario. Empiezas a escribir y sientes que hay una música interior que va avanzando por el papel pautado hasta convertirse en canción.

Así es. Aunque parezca mentira.

Hay mucho de magia a la hora de componer. He llegado a sentir que no era yo el que lo hacía. Como si las notas bailaran con las vocales en el zaguán de mi cerebro. De hecho hay ocasiones que me levanto entre sueños para grabar el regalo que me hacen mientras duermo los enanitos que pululan por mis arterias para no perder los matices ni el compás del nuevo parto musical. Una locura que siempre es bienvenida y aparece sin cita previa. El desvelo cuando se trata de crear es un estímulo que riega con frecuencia las páginas del libro de mi vida. Por eso siempre tengo al lado el portátil y una guitarra. Antiguamente era el orinal y las zapatillas. Con el tiempo uno se va desprendiendo de equipaje y desnudando su alma sin importarle el peso de los años ni el qué dirán. Para eso también vale la *Poesía*. La nostalgia llama a la melancolía como los labios al lenguaje.

Componer y hacer sentir a los demás sensaciones nuevas es una responsabilidad

que asumo con trabajo, más trabajo y, por qué no, un pelín de talento si ustedes me lo permiten y ganas de hacerlo bien.

Primero la música, luego la letra y viceversa. ¡Qué más da!

Lo verdaderamente fascinante es el resultado de la unión entre ambas.

Cuando se consigue, que no siempre, es el mayor triunfo que un compositor pueda alcanzar.

Lo demás son banalidades, cortapisas y valladares. Si no, que se lo digan a *Eric Satie*, por ejemplo, que se murió sin que se conociera su obra y hoy forma parte de los elegidos...



Además de músico, desde hace relativamente poco has desarrollado tu faceta de escritor publicando tus versos. ¿Qué significa para ti la poesía?

Hace unos meses terminé varios discos con poemas de grandes escritores. *José Hierro*, *Chantal Maillard*, *Luis Alberto de Cuenca* y *Luz Pichel* tienen su CD en mi estantería a la espera de verse publicados. Además de los poemas a las que he puesto música, menos con Pepe, he tenido la suerte de que recitasen en mi estudio alguno de ellos con mi música de fondo. Un tesoro que guardo a buen recaudo.

Ya os podéis imaginar lo que significa para mí la *Poesía*.

Podría decir luciérnaga, acromegálico, nostalgia, horizonte, diván, armonía, pesadumbre, desahogo, endecasílabo, haiku, verso

libre, luz y sombra, caracola, pero voy a simplificar diciendo *horizonte*.

La *Poesía* me ha hecho ser libre en un mundo de esclavos.

Los poetas son mis colegas. He bebido absenta con *Rimbaud*, dibujado con *Lorca* y pastado con *Miguel Hernández*. He caminado con *Machado* y *Alfonsina Storni*, me he bañado con *Alberti* e incluso he sido *Platero* con *Juan Ramón Jiménez*. Tirándome el rollo os diré que he jugado al fútbol con el mismísimo *Borges* de portero y el dueto *Lennon / Dylan* de hombres punta.

Hay un estadio de poetas que va llenando las gradas de mi espíritu.

El césped sin ellos sería un desierto. Son el agua de mi vida.



¿Qué te aporta escribir poemas que no te aporte hacer canciones?

Los poemas son el bálsamo de mi equilibrio. El báculo del día a día. El bodegón de mi alma inquieta. La barca donde surco los mares.

Siempre he dicho y diré que soy un aprendiz de poeta. Para mí es una necesidad que me aporta serenidad, pensamiento, lucidez, una taza de locura, ternura, albricias y esperanza.

Escribiendo poemas me he salvado de la quema y el espanto.

También puede ser un divertimento. Un oficio de sonrisas, lágrimas, uvas, añoranzas y mandarinas que se acodan como galeones en el puerto de mis dedos para que los ataque.

Escribiendo poemas evito al psiquiatra y me siento un poquito libre. Serlo del todo crea recelos y sarpullidos en el hipotálamo de los intolerantes.

Con ella, la *Poesía*, uno se va conociendo a sí mismo aunque a veces duela.

Si no pudiera escribir poemas, los pintaría.

¿Recuerdas cuál fue el primer poeta que leíste y te causó especial impresión?

En el nido familiar siempre hubo libros de grandes poetas. No recuerdo bien cuál fue el primero. Todos los que he citado antes y *Manuel Pacheco, Ángela Aymerich, Evgueni Evtuchenko, Ángel González, León Felipe, César Vallejo, Cernuda, toda la generación del 27, los surrealistas...*

Me impresionó muchísimo la musicalidad de *Lorca*. Pero fue *Antonio Machado* el primer poeta que musicqué. Mis primeros aplausos con nueve añitos se los llevo él en un poema de su libro *Campos de Castilla*, “Parábolas”. Poema que yo llamo “*El caballito de cartón*”, y que también cantó *Paco Ibáñez* en su tiempo.

Aunque me cuesta recordar cuál fue exactamente el primero porque por aquel entonces yo musicaba a tres o cuatro poetas por día y mis hermanos estaban un poco alucinados. Escapaban de mí para que no les cantaré uno nuevo. Imaginaos. Cuatro vinilos al mes. ¡Qué osadía!

O tal vez fue la letra del Himno Gallego que escribió *Eduardo Pondal*. Himno que estaba prohibido pero tarareaba todo el mundo dentro y fuera de nuestras fronteras.

¿O quizás fue en un libro de SM?

“Chi lo sá”

Ahora que recuerdo, creo que fue un poema de mi hermano Juan que empezaba diciendo...

“*Tengo el mar en la mirada a punto de ser libre*”.

No lo tengo claro pero por ahí van los tiros de feria.

¿Qué significado le das al título de tu último libro de poemas, *La fragilidad de los espejos*?

Hay una cita de *Borges* en el libro que dice: “*Los espejos son abominables porque multiplican el número de los hombres.*”

En principio iba a ser solo un poema pero luego acabó dando título al libro. Según lo iba escribiendo, esta frase adquiriría protagonismo para acabar siendo el actor principal de la obra.

Aparte de los espejos en que todos nos miramos para lavarnos los defectos y virtudes, quitarnos las espinillas o aterrizarnos cuando nos vemos reflejados, básicamente a los que yo me refiero son interiores, los que uno lleva por dentro. Espejos invisibles que iluminan o ensombrecen nuestro ser.

Muchos de ellos hay que romperlos para dar paso a otros que allanen el sendero de la dualidad que acompaña a cualquier ser humano.

Soy de esos que piensan que hasta los árboles y las piedras tienen sentimientos y por supuesto los animales.

La quietud de las rocas, la danza de un sauce llorón o la sonrisa de los delfines también son espejos que acarician el alma de los soñadores algo sonámbulos como yo.

He elegido uno de los más cortos de este libro como ejemplo para definirlo. Es este:

*Alguien quiso cortarme la luz
Pero yo estaba amaneciendo
Mirando los espejos en el rompeolas*

Cuando digo la edad de los espejos me refiero a los miedos que hemos de ir superando, los avatares que no nos dejan ver el rostro más amable o el perfil más amargo en nuestros deseos más íntimos. Esos que hay que ir afrontando día a día y con los que irremediabilmente convivimos. De nosotros

depende quitarles el vaho para reconocernos sin mácula y aceptarnos en el continuo aprendizaje que es la vida.

Escribir sobre ellos me ha servido para colorear aquellos que necesitaban convertirse en lienzos y romper otros que cuajaban en la nieve de mis ojos. Algo he conseguido aunque me falte romper alguno y limpiar con mimo otros más frágiles.

Si tuvieras que elegir uno de tus poemas para darlo a conocer, ¿cuál elegirías?

De “*Mujer Luna*” uno que dice:

*Te vi por primera vez
Caminando sobre un mar de anémonas
Con la alegría en una pupila
Y en la otra una pena
Buscando una luz en el horizonte
Como quien busca el amor a ciegas
Te convertiste en isla
Con tu traje de arena*

De los otros podría destacar dando rienda suelta al ego *Duermevelas (Astrolabio)*, *Delicadeza (Antología de Canciones vol.1)* y *Soneto al espejo (La Fragilidad de los espejos)*.

Pero es este que a continuación os narro que se incluirá en el nuevo libro que estoy gestando del que estoy más orgulloso y me gustaría dar a conocer.

*Mientras rieguen cada día mis raíces las ilusiones,
mientras me den a soñar y el agua comparta ecos,
siento que la armonía es acariciada por su viento;*

...así perseverando y sin poner en riesgo mi deseo

*alcanzo la fecundidad que sin
desesperar*

con Amor espero.

Has realizado numerosas colaboraciones con nuestra revista. ¿Qué es lo que más te gusta de ella?

Es una de las revistas de este tipo más profesionales que he tenido entre mis manos. Su diseño es precioso y el contenido una joya bien pulida.

El cuidado de sus páginas nada tiene que envidiar a otras con presupuestos inalcanzables y editoriales millonarias.

Presiento que muchos de los chavales que en ella han colaborado serán en un futuro poetas de reconocido prestigio.

Os felicito desde el fondo de mi corazón por la labor que hacéis y me siento muy orgulloso de poder colaborar con vosotros siempre que lo estiméis oportuno. Para mí es un lujo que contéis conmigo.

Además me ha hecho sentir y recordar un sinnúmero de sensaciones agradables ocultas en el zaguán de la memoria.

Cada una de las revistas que habéis publicado están guardadas sin llave para que todo el mundo pueda leerlas en el pupitre de los enseres más queridos. Al lado de *Nicolas Guillén, Roberto Juarroz, Benedetti, Cortázar y mis queridos Rosalía de Castro, Gabriela Mistral, Carlos Sabagún, José Ángel Valente, Antonio Colinas o*



Chantal Maillard acompañados por todos y cada uno de los que allí habéis escrito.

Para mí la música y la poesía son almas gemelas. De alguna manera soy hermano vuestro. Cuidaos mucho, campeones.

ANABEL SÁNCHEZ SIERRA
ELENA MARTÍN MERINO

Para saber más:

<http://www.joaquinlera.com>
<http://xaquinlera.blogspot.com>
<http://joaquinlera.blogspot.com>



Reverán las
oscuras
golondrinas
en tu balcón
a sus nidos
colgar

4-11-09 *Gu*

David Guerrero